

LA Fe Apostólica

CONTENDÁIS ARDIENTEMENTE POR LA FE

LA NATURALEZA DEL PECADO

2019

De La Palabra

Concéntrate
en el Perdón

7

Testigo

Convirtiendo
Pruebas en
Testimonios

12



Nexusplexus/123RF Stockphoto

DENTRO

DE LA PALABRA

La Naturaleza del Pecado / 4

Concéntrate en el Perdón / 7

TESTIGO

Convirtiendo Pruebas en Testimonios / 12

EVIDENCIA

Israel Gajardo Monardes / 2

Janelle Parker / 11

Donna Baker / 14

ISRAEL GAJARDO MONARDES



Cuando era niño, mi hermano estaba muy enfermo. Mi abuela lo llevó a hospitales y doctores, pero no encontró ninguna medicina que pudiera ayudarle. Siendo católica, mi abuela lo llevó a los sacerdotes, y le dijeron que todo lo que ella podía hacer era rezar para que

Dios tuviera misericordia de él. Le dieron sólo unas horas de vida.

Cuando trajeron a mi hermano a la casa, él estaba inconsciente. Sus ojos ya no se abrían, y él no había comido en varios días. Él estaba muy enfermo. Entonces, vinieron algunos Cristianos que estaban cantando y predicando el Evangelio. Ese día mi abuela dijo, "Si es verdad que el Dios de estos evangélicos sana, me voy a convertir al Evangelio". Ella invitó al pastor y a los otros a su casa, y ellos ungieron a mi hermano con aceite y oraron por él. Entonces Dios, en Su misericordia, hizo un milagro y sanó a mi hermano. Mi abuela cumplió su promesa y dio su vida a Dios, y entonces nuestra familia comenzó a asistir a una iglesia cristiana.

Ya han pasado cuarenticinco años que nuestra familia pertenece al Evangelio. Fui salvado de muy pequeño, y más tarde santificado y luego bautizado con el Espíritu



Santo. Alabo al Señor por eso. Fue difícil para nuestra familia porque mi madre era una madre soltera y no teníamos el apoyo económico de un padre, o un padre que nos aconsejara y nos ayudara. No teníamos luz o agua en aquel tiempo, y a veces no teníamos suficiente comida para comer. Era difícil llegar a la iglesia, pero empezamos a buscar al Señor, y Él nos bendijo y cambió nuestras vidas.

Al principio del año 2017, comencé a tener mucho dolor en mi corazón. El dolor fue tan grande que fui al hospital. Me dijeron que tenía el corazón demasiado grande, y eso era lo que estaba causando el dolor. La doctora dijo que era una condición seria, y eso nos dejó muy preocupado a mí y a mi familia, y empezamos a orar. La Palabra de Dios dice: "Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla", y comencé a buscar al Señor con ayuno y oración. Entonces un día, el Señor puso en mi corazón que pasara a ungirme y orar por mí. Cuando obedecí, sentí que el Señor obró y ¡me sanó de mi corazón! No había podido moverme mucho o comer porque todo causaba dolor en mi corazón, pero ese día el Señor quitó mi dolor. Después, volví al médico y me hicieron más pruebas, y me dijeron que ¡mi corazón era como el de un joven de quince años! Alabo a Dios, yo glorifico Su nombre, y le doy gracias por lo que ha hecho por mí.

El Reverendo Israel Gajardo Monardes es Líder de la Obra de la Fe Apostólica en Chile y pastor de la iglesia central en Chimbarongo.



A silhouette of a person sitting on a rock, reading a book. The background is a sunset sky with orange and pink clouds.

de la PALABRA

LA NATURALEZA DEL PECADO

UN EXTRACTO DEL MANUAL MINISTERIAL
DE LA FE APOSTÓLICA EXPLICA CÓMO
EL PECADO SEPARA AL HOMBRE DE DIOS.

LA PALABRA PECADO ES UN término religioso que indica actos deliberados y desafiantes que transgreden la ley divina, y la condición subyacente de oposición a la ley divina de la cual brotan esos actos pecaminosos. El pecado separa al hombre de Dios, y es la raíz de toda oposición y conflicto con Él.

El pecado es universal. La Biblia es clara en que cada persona que nace en este mundo es un pecador por nacimiento (Salmo 51:5) y por elección (Romanos 3:23).

El primer uso en la Escritura de la palabra *pecado* se encuentra en Génesis 4:7. En el original hebreo, la palabra traducida en ese versículo como *pecado* significaba “un delito”. Un número de otras palabras también se traducen *pecado* en las Escrituras. Por ejemplo, la palabra griega *hamartia* significa “errar el blanco” e implica una condición interna del pecado de la cual se originan los actos de pecado. El apóstol Pablo usó con frecuencia esta palabra. *Asebeia*, también traducida *impiedad*, se refiere a la negativa a adorar a Dios como Dios. *Parabisis* tiene el significado de “ir a un lado” y se refiere a un incumplimiento o transgresión definitiva de la ley de Dios. Otras palabras traducidas como *pecado* expresan la condición de ser impersuasible, una negativa a escuchar, la anarquía e la incredulidad.

El tema del pecado se menciona cientos de veces en la Biblia, comenzando con el pecado original cuando Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal en el huerto del Edén. En ese primer acto de rebelión contra Dios, Adán y Eva deliberadamente optaron por hacer el mal. Como resultado, la naturaleza pura con la que se habían creado se corrompió, y su naturaleza pecaminosa se transmitió a todos sus descendientes. Por lo tanto, el pecado puede ser descrito como un estado de ser o un acto de transgresión. Debido a la naturaleza pecaminosa heredada

“ Debido a la naturaleza pecaminosa heredada de Adán, **toda la raza humana está instintivamente inclinada hacia el mal desde el momento del nacimiento.**

de Adán, toda la raza humana está instintivamente inclinada hacia el mal desde el momento del nacimiento. A medida que los individuos crecen y comienzan a tomar decisiones conscientes con respecto a su comportamiento, cada uno opta eventualmente por hacer el mal y comete actos de pecado.

La Palabra de Dios describe el pecado como una “infracción” de la ley de Dios (1 Juan 3:4), y en 1 Juan 5:17, leemos: “Toda injusticia es pecado”. Muchos males específicos se identifican en el Nuevo Testamento como pecaminosos. Algunos de estos incluyen: los adulterios, las fornicaciones, los homicidios (Marcos 7:21); los hurtos, las avaricias, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia (Marcos 7:22); la homosexualidad (Romanos 1:26-27); la maldad, las malignidades (Romanos 1:29); murmuración, despecho, la desobediencia (Romanos 1:30); sin misericordia (Romanos 1:31); la venganza (Romanos 12:17); la inmoralidad, la impureza, la indecencia, la idolatría, hechicerías, el enemistades, la hostilidad, las herejías (Gálatas 5:19-20); la incredulidad (Hebreos 3:12); la hipocresía (1 Pedro 2:1); y la rebelión (2 Pedro 2:10). Otros actos también se identifican en las Escrituras como pecado, pero incluso esta lista relativamente corta establece los tipos de comportamiento que no pueden existir en una vida Cristiana.

Es importante reconocer que hay una diferencia entre los actos de pecado y las acciones que son el resultado de la debilidad humana en lugar de fracaso moral. Para cometer un acto de pecado, debe haber tanto conocimiento de la ley de Dios como una ruptura deliberada y desafiante de esa ley; estas acciones surgen de la naturaleza carnal. Sin embargo, puede haber otras acciones que brotan de las debilidades humanas o limitaciones que no son en sí

pecaminosas. Las capacidades físicas, emocionales y mentales del hombre se vieron afectadas por la caída, y a veces la tensión, el agotamiento, la enfermedad, o errores del juicio pueden dar lugar a delitos u otras manifestaciones de la debilidad humana. Enfermedad relacionada con la edad o demencia también pueden distorsionar el juicio y dar lugar a acciones de las cuales el individuo no es moralmente responsable. Esto pone de relieve la necesidad vital de ser honesto con uno mismo y con Dios, quien solo conoce el corazón. Si una persona ha cometido un acto de desafío intencional hacia Dios, esa persona no debe racionalizar ni excusar ese comportamiento, sino reconocer y arrepentirse ante Dios.

La Biblia también hace una distinción clara entre el pecado y la tentación. Mientras que la palabra *tentación* también se usa a veces en las Escrituras para significar el juicio o prueba de nuestra fe, también se refiere a una atracción al pecado. La tentación como una atracción no es pecado; *ceder* a una atracción es pecado. Dios no abandona a los Suyos porque son tentados. Más bien, Él da la gracia y la fuerza para mantenerse firme en tiempos de tentación.

La Escritura enseña que es posible que las personas vivan vidas libres del pecado, afirmando inequívocamente que “Todo aquel que permanece en él, no peca” (1 Juan 3:6; ver también versículos 4-10). Zácarías, hablando bajo la inspiración del Espíritu Santo, habló de la promesa de Dios de que “sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días” (Lucas 1:74-75). Jesús le dijo a la mujer encontrada en adulterio: “Vete, y no peques más” (Juan 8:11). Cristo vino a romper el poder del pecado, porque leemos: “Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21; véase también 1 Juan 3:8). Pablo hizo la pregunta en Romanos 6:15, “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” Su respuesta enfática, “En ninguna manera”, es una clara evidencia de que es la voluntad de Dios que cada Cristiano viva victoriamente sin pecado.

Mientras que una vida victoriosa sin pecado es posible, la Biblia es clara al afirmar que la relación con Dios puede ser cortada. Las personas que han nacido de nuevo pueden optar por volver al pecado, lo mismo que Adán y Eva en su estado justo eligieron cometer pecado. El profeta Ezequiel abordó este tema cuando dijo, “Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá” (Ezequiel 18:26). Sin embargo, es posible que alguien que se ha alejado de Dios sea restaurado de nuevo a la salvación y una relación correcta con Dios. Leemos, “Si él [el malvado] se convirtiere de su pecado, e hiciere según el derecho y la justicia, si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá” (Ezequiel 33:14-15).

Las Escrituras advierten que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). El pecado que no es arrepentido conducirá a la separación eterna de Dios y el castigo eterno.

EL CALVINISMO O EL ARMINIANISMO

Dentro del amplio alcance de la teología cristiana, el arminianismo y el calvinismo comparten historia y muchas doctrinas bíblicas. Sin embargo, ofrecen interpretaciones radicalmente diferentes de las Escrituras relacionadas con la salvación por medio de Jesucristo. Además, hay una variedad de enfoques bajo las rúbricas generales del calvinismo y el arminianismo; los defensores de ambos bandos no tienen un acuerdo universal en cuanto a cómo aplican estas doctrinas.

El calvinismo, el cual se basa en las enseñanzas religiosas de Juan Calvin (1509-1564), enfatiza la soberanía de Dios y la salvación de los escogidos (aquellos que Él ha predeterminado que serán salvados) por la gracia de Dios solamente.

El arminianismo se basa en las creencias originales del teólogo Jacobus Arminius (1560-1609), pero también puede incluir enseñanzas de John Wesley y otros. La Fe Apostólica se suscribe lo más cercano a la perspectiva de Wesley del arminianismo.

En sus obras escritas, Arminius cita teólogos cristianos que se remontan al primer siglo los cuales enseñaban que la gracia se extiende a todos, pero que el hombre, por su propia voluntad, puede volverse hacia o lejos de la fe. Él también demostró que habían líderes cristianos en cada era desde el tiempo de Cristo quienes enseñaron que el hombre puede y debe vivir santo en esta vida.

A continuación hay una tabla que indica brevemente los cinco puntos principales de la diferencia entre la enseñanza calvinista y la enseñanza arminianista.

CALVINISMO	ARMINIANISMO
Depravación Total: El hombre nace con una naturaleza depravada y carece de un libre albedrío. Dios sólo llama al arrepentimiento a aquellos quien Él predeterminó para la salvación.	Libre Albedrío: El hombre nace con una naturaleza depravada pero tiene libre albedrío. Dios atrae a todos al arrepentimiento, pero el hombre puede elegir arrepentirse y ser regenerado, o resistir y perecer.
Elección Incondicional: Dios ha escogido sólo a ciertos individuos para la salvación. Los escogidos son aquellos quienes Dios ha predeterminado que serán salvados.	Elección Condicional: Dios ha elegido a toda la humanidad para la salvación. Los escogidos son aquellos que responden a Su ofrecimiento de salvación con arrepentimiento y fe.
Expiación Limitada: Cuando Cristo dio Su vida sobre la Cruz, la expiación se hizo disponible, pero sólo para los escogidos.	Expiación Ilimitada: Cuando Cristo dio Su vida sobre la Cruz, la expiación se hizo disponible para todos. Sin embargo, la expiación sólo sirve para aquellos que eligen aceptar la provisión de Cristo.
Gracia Irresistible: La gracia se extiende sólo a los escogidos. El llamado de Dios no puede ser resistido y siempre resulta en conversión.	Gracia Resistible: La gracia se extiende a todos. El hombre es libre de aceptar o rechazar el llamado de Dios. La conversión ocurre cuando el hombre cree y recibe la gracia ofrecida por Dios.
Perseverancia de los Santos: Los individuos salvados conservan su salvación hasta el final porque son preservados por Dios. Ninguna persona salva se perderá jamás; una vez que un individuo es salvado, siempre será salvo.	Garantía y Seguridad: Los individuos salvados pueden conservar su salvación hasta el final a través de continuas obediencia y fidelidad a Dios. Sin embargo, los individuos salvados pueden perder su salvación al apartarse de Dios.



CONCÉNTRATE EN EL PERDÓN

DE UN SERMÓN POR DAVID LAMBERT

EL PERDÓN ES UN TEMA QUE probablemente se piensa y se discute mucho más a menudo de lo que se aplica. Esto es porque perdonar a los demás puede ser un desafío. Al igual que seguir una dieta y hacer ejercicio, la gente conoce los beneficios de perdonar, por lo que hablan de ello, pero cuando llega una oportunidad de poner el principio en práctica, encuentran que es más fácil no hacerlo.

Como Cristianos, sin embargo, no podemos tomar el tema del perdón a la ligera, porque es fundamental del mensaje Evangélico. El plan de redención para la raza humana depende de ello, así como también mantener nuestra propia salvación personal. Es importante que entendamos por qué necesitamos el perdón, cómo se obtiene, y por qué debemos extenderlo a otros.

¿QUIÉN NECESITA PERDÓN Y POR QUÉ?

Una de las definiciones de la palabra perdonar es “no tener en cuenta una ofensa o falta que otro ha cometido, liberar a alguien de un castigo o una obligación”. Este aspecto del perdón—no tener en cuenta una ofensa—es algo que cada persona que nace en este mundo necesita. Romanos 3:10 dice, “Como está escrito: no hay justo, ni aun uno”, y el versículo 23 de ese mismo capítulo explica, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

El pecado es un problema universal; el primer hombre, Adán, desobedeció a Dios, y trajo el pecado al mundo. Cada persona nacida desde entonces, con la excepción de Cristo, ha nacido un pecador. La humanidad necesita una solución, porque la Biblia nos dice que no se permitirá que el pecado o la injusticia o lo impuro entren en el Reino de los Cielos. En 1 Corintios 6:9 leemos, “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?” La solución es que nuestros pecados deben ser removidos, y cuando Dios nos perdona, eso es lo que Él hace. El Salmo 103:12 dice, “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”.

Algunas personas no se dan cuenta de que el perdón es necesario para que sus almas entren al Cielo. Hace varios años, trabajé con un hombre que creía que mientras no maltratara a su esposa o descuidara sus deberes, como pagar impuestos, él estaba listo para ir al Cielo. En contraste, la Biblia dice en Isaías 64:6 que “Todos nosotros somos como suciedad, y nuestras justicias como trapo de inmundicia”. Ser un ciudadano respetuoso de la ley puede dar una apariencia externa de estar listo, pero no equipa a una persona para ir al Cielo. Sólo cuando nuestros pecados son perdonados y eliminados, calificaremos para entrar.

La necesidad de recibir el perdón no termina después de que nuestros pecados han sido indultados. Esto se debe a que la perfección moral—tener un corazón que es justo hacia Dios—no equivale a la infalibilidad humana. Habrá momentos en los que hablaremos sin pensar primero y terminaremos diciendo algo lamentable, o usaremos mal juicio, o nos comportemos de forma inmadura. Necesitaremos recibir perdón en estas situaciones.

También habrán momentos en los que tendremos que extender el perdón, porque habrán momentos en los que otros cometerán errores contra nosotros. Una segunda definición de la palabra perdonar es “dejar de permitir sentimientos de resentimiento; renunciar el derecho a herir de nuevo y los pensamientos de venganza”. La Biblia enseña que este aspecto del perdón es necesario en la vida Cristiana. Debemos perdonar a otros por sus ofensas contra nosotros, además de estar dispuestos a disculparnos y a enmendar nuestras ofensas hacia ellos. Cristo enfatizó la importancia de esto cuando Él enseñó a Sus discípulos a orar e incluyó las palabras, “... y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” y otra vez, cuando dijo, “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:12, 14-15).

El perdón es continuo, y nuestra habilidad de recibir el perdón está directamente relacionado con nuestra capacidad y disposición para perdonar a los demás.

¿QUIÉN CONCEDE EL PERDÓN?

Una idea popular en el mundo de hoy es que podemos perdonarnos a nosotros mismos. Algunos han aconsejado que “para poder curar, primero debes perdonarte a ti mismo”. Han habido muchos libros y artículos escritos sobre este tema, incluyendo aquellos adaptados a ciertas ofensas tales como “Perdonarte a Ti Mismo por Engañar o Mentir”, y libros de autoayuda como “La Manera Sana de Perdonarte a Ti Mismo”.

Es verdad que no debemos dejar que los males que Dios ha perdonado nos opriman y nos sopesen, ni debemos permitir que el enemigo de nuestras almas nos desanime sobre las carencias y los errores involuntarios.

Sin embargo, nada en las Escrituras apoya la idea de que podemos perdonar nuestros propios pecados. La Palabra de Dios dice todo lo contrario. En Efesios 2:8-9 encontramos, “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie”. El perdón por el pecado es un regalo de Dios. Él envió a Su Hijo, Jesús, a morir por esos pecados, y sólo por medio de Cristo podemos ser perdonados y liberados.

Las Escrituras también enseñan que cuando hemos cometido una ofensa contra otra persona, no podemos seguir adelante sin hacer las paces. Mateo 5:23-24 dice, “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”. Si sabemos que hemos lastimado u ofendido a alguien por nuestras palabras o acciones, necesitamos ir a esa persona y reconciliarnos con ellos. Cuando hay algo entre nosotros y otra persona, hay algo entre nosotros y Dios, y nuestras oraciones serán obstaculizadas.

“**Si reconocemos nuestra necesidad de un Salvador y verdaderamente nos arrepentimos, Dios perdonará nuestros pecados.**

Esto también se aplica cuando nosotros hemos sido heridos u ofendidos. Mateo 18:15 instruye, “Si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano”. En una situación en la que alguien nos ha agraviado, una respuesta natural sería decir, “Él es culpable, así que él tiene que venir y disculparse conmigo”. Sin embargo, el Señor nos pide que perdonemos de la manera en la que Él lo hace. No es natural; es sobrenatural. Debemos ser pro-activos y dar el primer paso para reconciliar y restaurar esa relación. Dios dio el primer paso cuando Cristo nos perdonó. Cuando no lo buscábamos, Él nos buscaba. Algunos de nosotros corríamos en la dirección opuesta, pero el Señor tomó la iniciativa de buscarnos y encontrarnos, para que Él nos pudiera perdonar.

Entonces si seamos el ofensor o el ofendido, la instrucción es la misma. Como Cristianos, debemos tomar la iniciativa de hacer la situación correcta.

¿CÓMO SE OBTIENE EL PERDÓN?

Antes de que podamos ser perdonados de nuestros pecados, primero debemos reconocer nuestra necesidad y asumir la responsabilidad por los actos pecaminosos

que hemos cometido. El siguiente paso es confesar esos pecados a Dios. Leemos en 1 Juan 1:9, "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad".

El arrepentimiento es otro aspecto crucial para obtener el perdón. En Hechos 3:19, Pedro advirtió, "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados". Sin arrepentimiento, no puede haber perdón. Es posible tomar los pasos de reconocer su necesidad y confesar sus pecados, como muchas personas hacen semanalmente, sin recibir perdón. El paso más profundo del arrepentimiento, que incluye apartarse del pecado y estar dispuesto a abandonarlo con la ayuda de Dios, es vital.

Mi abuelo, Marvin Lambert, tenía un testimonio que aclaraba el poder del arrepentimiento. Cuando era niño, recuerdo haberle oído hablar de cuando él era un hombre joven que crecía en una granja en el estado de Mississippi, Estados Unidos. Él decía, "Más o menos me sentía como si pudiera remar mi propia canoa". Tenía una forma descriptiva de hablar, pero él se refería a que era independiente y no necesitaba la ayuda de nadie. Su vida fue bien durante un tiempo mientras hacía su propia cosa, pero todo cambió el día en que una bomba fue arrojada en Pearl Harbor y los Estados Unidos entró en la segunda guerra mundial. Él decía, "Eso me hizo temblar en mis botas, porque sabía que si me mataban en el campo de batalla, iría directamente al Infierno". Él comenzó a hablar con el Señor en la granja, y un día, una pregunta le llegó, "¿Qué vas a hacer con esos viejos pecados?" Él le dijo al Señor, "Los dejaré, los abandonaré, y no los haré más". En ese momento, la paz del Cielo bajó e inundó su alma. Testificó que su miedo a la muerte había desaparecido. Él tenía la certeza de que Dios lo había encontrado, sus pecados fueron perdonados, y si él muriera al día siguiente, él iría al Cielo.

Si reconocemos nuestra necesidad de un Salvador y verdaderamente nos arrepentimos, Dios perdonará nuestros pecados.

EXTENDER EL PERDÓN A LOS DEMÁS

Extender el perdón a los demás no es siempre fácil, y puede ser especialmente difícil bajo ciertas circunstancias, como cuando una persona continúa ofendiendo.

Pedro se preguntó cuántas veces el perdón debe extenderse a una persona. Él hizo la pregunta de Jesús mientras ya tenía una respuesta en mente, la cual él debe haber pensado que era generosa o por lo menos razonable. Él preguntó, "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?" Jesús respondió, "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mateo 18:21-22). Su significado no era que debemos perdonar 490 veces, sino que el perdón es ilimitado. Debemos continuamente dejar ir las ofensas hacia nosotros y no llevarlas en nuestros corazones. El

perdón se trata tanto de liberarnos de una carga como de liberar a la otra persona. Hay una cita popular de Lewis B. Smedes que dice, "Perdonar es poner a un prisionero en libertad y descubrir que el prisionero eras tú". Jesús nos pide que perdonemos, porque Él quiere que seremos libres.



El perdón es un regalo que se da libremente, mientras que la confianza es un privilegio que se gana con el tiempo.

Un error común es creer que el perdón equivale a la restauración de la confianza. En realidad, el perdón es un regalo que se da libremente, mientras que la confianza es un privilegio que se gana con el tiempo. Cuando una persona tiene una historia de ser un delincuente reincidente, debemos perdonar cada vez, pero esto no significa que pongamos nuestra confianza en ese individuo. Si alguien te pisa el pie cada vez que lo ves, debes evitarlo o establecer algunos parámetros. El perdón permite que el delincuente reincidente trabaje hacia la restauración de la confianza, pero no significa que la confianza le sea otorgada automáticamente.

Otra circunstancia la cual hace difícil perdonar es cuando una persona se niega a reconocer sus ofensas y no muestra ningún signo de remordimiento. En tales situaciones, podemos pedirle a Dios un espíritu de perdón mientras miramos el ejemplo de Cristo. Mientras colgaba en la Cruz, Él dijo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Estaba orando por aquellos que le habían golpeado, se burlaron de Él, le escupieron en la cara y le clavaron clavos en Sus manos. Él sabía que las personas por las que oraba no sentían remordimiento, pero Él fue capaz de extender el perdón porque Él vio más allá de sus pecados a sus almas. Si nosotros también miramos más allá de la ofensa para ver el alma en necesidad de un Salvador, y oramos por ellos, nos será más fácil perdonar.

NO PODEMOS PERDONAR EN NUESTRA PROPIA FUERZA

A menudo, nuestra capacidad de perdonar está ligada a la seriedad de la ofensa. Hay momentos en los que es humanamente imposible perdonar. En esas situaciones, si proporcionamos la voluntad de ser obedientes a la Palabra de Dios, Él proveerá la habilidad, la gracia y la fuerza para hacerlo.

Un ejemplo de esto puede ser encontrado en la vida de Corrie ten Boom. Durante la segunda guerra mundial, su familia fue arrestada por los nazis por esconder judíos en su hogar y ayudarles a escapar del Holocausto. Eventualmente, Corrie y su hermana mayor, Betsie, fueron llevadas al campo de concentración de Ravensbruck donde Betsie murió. Después de la guerra, Corrie viajó y habló con miles de personas, contándoles de sus experiencias y enseñandolos el regalo de Dios del perdón y la salvación. Una tarde después de concluir su mensaje, un hombre se le acercó y se introdujo como un antiguo guardia del campo de concentración de Ravensbruck. Extendiendo su mano hacia ella, le dijo que se había convertido en un Cristiano y sabía que Dios le había perdonado por las cosas crueles que él había hecho, pero él quería saber que ella también lo había perdonado.

En sus propias palabras, publicadas en la edición de noviembre de 1972 de la revista *Guideposts*, Corrie reveló sus pensamientos y su reacción:

Betsie había muerto en ese lugar — ¿podría él borrar su lenta y terrible muerte simplemente por haber preguntado?

No podrían haber sido muchos los segundos que él estuvo parado allí, con la mano extendida, pero a mí me parecieron horas mientras luchaba contra la cosa más difícil que he tenido que hacer.

Me quedé allí parada con la frialdad que agarraba mi corazón. Pero el perdón no es una emoción. El perdón es un acto de la voluntad, y la voluntad puede funcionar sin importar la temperatura del corazón. “¡Jesús, ayúdame!”, oré silenciosamente. “Puedo extender la mano, puedo al menos hacer eso. Tú suministras la sensación”.

Y tan tiesa, mecánicamente, metí mi mano en la que se extendía hacia mí. Y mientras lo hice, pasó una cosa increíble. La corriente comenzó en mi hombro, corrió por mi brazo, saltó a nuestras manos unidas. Y entonces este calor curativo parecía inundar todo mi ser, trayendo lágrimas a mis ojos. “¡Te perdonó, hermano!”, lloré. “¡Con todo mi corazón!”

Por un largo momento nos mantuvimos agarrados de las manos, el antiguo guardia y la ex prisionera. Yo nunca había conocido el amor de Dios tan intensamente como lo hice en ese entonces.¹

Corrie no pudo haber perdonado en su propia fuerza, pero cuando ella miró hacia Dios, Él le dio la habilidad. Como resultado, ella experimentó más de Su amor. Si miraremos a Dios, Él nos ayudará como lo hizo con Corrie.

CUANDO ELEGIMOS NO PERDONAR

Cuando elegimos no perdonar, fomentamos el dolor y el resentimiento en nuestros corazones. Con el tiempo, ese resentimiento puede volverse amargura, la cual destruye vidas. Hebreos 12:15 dice, “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”. El resultado final de este estado se lleva a cabo en la parábola de los dos deudores encontrada en Mateo 18:23-35. Jesús dio la parábola, diciendo que había un rey que llamó a sus siervos para que le diera una cuenta. Un siervo debía diez mil talentos, que era una cantidad inmensa—en los términos de hoy, sería el equivalente de unos seis billones de dólares. En esta parábola, el rey es representativo de Dios, y el siervo, de nosotros. La cantidad debida probablemente fue exagerada para demostrar que nuestra deuda de pecado es algo que nunca podríamos pagar. El rey dictaminó que el siervo, su familia, y todo lo que poseía se vendería para pagar la deuda, pero cuando el hombre suplicó misericordia, el rey se compadeció de él y perdonó la deuda.

Ese siervo salió y encontró a un hombre que le debía cien denarios, que era de unos cien días de salario o de cuatro meses de trabajo. Él lo tomó por la garganta, exigió el pago, y haciendo caso omiso de sus súplicas de misericordia, lo echó a la cárcel. Esta es una imagen de lo que es un corazón que no perdoná. Cuando los cien denarios se comparan con los diez mil talentos, no es nada. De la misma manera, cualquier cosa que necesitemos perdonar, no importa cuán grave sea, cuando la veamos en el mismo contexto con lo que el Señor hizo por nosotros, es pequeña en comparación.

Cuando el rey escuchó lo que el deudor perdonado había hecho, se refirió a él como un “siervo malvado”, lo arrojó a la cárcel, y lo entregó a los verdugos. Está claro en esta parábola que un corazón implacable finalmente conduce al castigo eterno en el Infierno.

El Señor toma muy en serio el tema del perdón y nosotros también debemos hacer lo mismo. Si nosotros recibimos Su perdón por nuestros pecados, podemos esperar la bendición de la vida eterna en el Cielo. Y si perdonamos a los demás como hemos sido perdonados, las bendiciones de Dios pueden fluir sin obstáculos en nuestras vidas.

¹Corrie ten Boom, “Guideposts Classics: Corrie ten Boom on Forgiveness,” *Guideposts*, 24 de julio, 2014, www.guideposts.org/better-living/positive-living/guideposts-classics-corrie-ten-boom-on-forgiveness.

El Reverendo David Lambert es el pastor de la Iglesia de la Fe Apostólica en Portland, Oregon, Estados Unidos.

Testigo



JANELLE PARKER



Dios llamó a mi corazón cuando era sólo una jovencita. Me crie en un hogar Cristiano, y porque había ido a la iglesia toda mi vida y me habían enseñado a orar, pensé que yo era Cristiano. Sin embargo, no podía recordar cuando en realidad había orado y pedido a Jesús que me perdonara. Entonces una noche, cuando tenía

trece años, estaba sentada en la iglesia en una reunión del campamento del medio oeste en Illinois, Estados Unidos, y Dios le habló a mi corazón. Él me hizo saber que necesitaba darle mi corazón a Él. Estoy muy agradecida de haberlo hecho. Fue la mejor decisión que he tomado.



También quiero dar gracias a Dios por algo que Él hizo por mí recientemente. Durante unos diez años, tuve síndrome del túnel carpiano y se convirtió en algo muy, muy malo. Fui a mi casa de la iglesia un domingo por la mañana y le dije a mi marido, “No sé lo que voy a hacer. El dolor se está poniendo tan mal, no sé si voy a ser capaz de seguir tocando el piano”. Él me dijo, “Tal vez tienes que dejar de tocar el piano”. Yo no quería hacer eso, así que dije, “No, le voy a pedir a Dios que me cure”. Esa noche, fui a la sala de oración y puse una simple petición de oración. Desde entonces, no he tenido ni una pizca de dolor. Estoy tan agradecida de que Dios es bueno y que Él se preocupa por nosotros.



CONVIRTIENDO PRUEBAS *en Testimonios*

Berthena conocía la bondad de Dios en tiempos de regocijo, pero también aprendió acerca de Su bondad en un tiempo de pérdida.

POR BERTHENA CONYERS

Mi crianza fue en el camino de la santidad. Mis padres fueron salvados y criaron a sus hijos estrictamente. Parece que yo sabía sobre el Evangelio toda mi vida. A la edad de doce años oré y le pedí al Señor que me salvara, y Él lo hizo, pero durante mi adolescencia mi compromiso con el Señor fue débil. Yo estaba en la iglesia regularmente y siempre quise ser salvado, pero también quería hacer algunas de las cosas que mis compañeros en la escuela hacían—cosas que yo sabía que no debía hacer. Aunque nunca fui profundamente en el pecado, había una lucha constante para mí, y durante varios años parecía que estaba continuamente pidiéndole a Dios que me perdonara por una cosa u otra.

A la edad de veintiún años, me di cuenta de que necesitaba más de Dios. Una noche oré e hice mis primeras obras de nuevo, arrepintiéndome y haciendo un compromiso serio con el Señor. Esa noche Él salvó mi alma y me puso sobre la Roca que me mantendría estable por el resto de mi vida. Continué buscando a Dios y Él me santificó y luego me bautizó con el Espíritu Santo, todo dentro de un año. Eso fue en 1974, y estas experiencias de Dios han superado el paso del tiempo.

El año que cumplí veintiuno fue también el año en que me casé con mi esposo, McKeever. Vivíamos en una casa móvil en una ciudad llamada Greenleyville, a las

afueras de Kingstree, Carolina del Sur, Estados Unidos. Sólo unos pocos años después de que nos casamos, tuvimos un fuego severo en nuestra casa. En el momento yo trabajaba en una guardería, y nuestro hijo mayor, que tenía dos años de edad, venía conmigo al trabajo. La mañana del fuego, yo había empacado un cambio de ropa para mi hijo para tener en la guardería. Mi marido trabajaba de noche para Georgia Pacific, así que estaba durmiendo en la cama. Dijo que algo lo sacudió en su sueño, pero al principio él lo ignoró. Sintió que algo lo sacudió de nuevo, más duro que antes, pero de nuevo lo ignoró. Una tercera vez algo realmente lo sacudió, y él dijo que sentía como si alguien lo había empujado. Eso lo levantó porque sabía que nadie más debería estar en la habitación, y luego se dio cuenta de que la casa estaba llena de humo. Corrió fuera para ver si podía conseguir algo para apagar las llamas, pero una vez fuera vio que la casa estaba envuelta en llamas. Luego trató de alejar nuestro camión, pero no pudo conseguir que arrancara. El camión y la casa móvil se quemaron juntos.

Alrededor de las 9:00 a.m. recibí una llamada sobre lo que había sucedido. Cuando llegué a la escena, la casa estaba en cenizas, y mi marido estaba ahí parado sin camisa ni zapatos. Fue un milagro que salió seguramente, pero perdimos todo lo que poseímos.

Esa parecía ser una situación imposible, pero el Señor fue capaz de arreglar todo. Muchos de los hermanos de la iglesia eran contratistas en ese momento, y nos dijeron que si compráramos los materiales, nos ayudarían a construir un hogar. Dos semanas más tarde fue el fin de semana de acción de gracias, y en ese momento teníamos todo el material en nuestra propiedad. El viernes, el día después del día de acción de gracias,

Le pregunté cuánto tiempo había estado estudiando cáncer y ella dijo, “Treintiocho años y ¡nunca he visto esto antes!”

las hermanas de la iglesia vinieron y cocinaron y los hermanos construyeron nuestra casa en un día. Tenía cuatro habitaciones y un baño. La semana siguiente estaba terminada lo suficiente para que nos mudáramos. De hecho, eso fue en 1977 y todavía estamos viviendo en esa casa hoy, aunque hemos añadido más habitaciones desde entonces. El Señor convirtió ese desastre en un testimonio de la bondad de la familia de Dios.

Mi esposo y yo tuvimos dos hijos más; otro hijo y luego una hija. Mientras estábamos criando a nuestra familia, el Señor se demostró fiel a nosotros muchas veces. A través de los años me enamoré de orar en los altares y orar por los demás cuando se enfrentaban a diferentes problemas. Cuando oigo que alguien tiene un problema financiero o problemas de salud, me encanta orar por ellos y ver cómo Dios responde.

Una vez, hace unos cinco años, mi hermana mayor, Daisy, estuvo en un accidente de coche muy severo. Tenía setenta y un años y en el accidente se rompió el cuello, rasgó la válvula aórtica, y también tuvo otras lesiones. Los doctores no pensaron que sobreviviría la noche, pero yo les dije, “Hagan lo que puedan, y yo haré lo que pueda”. Lo mejor que pude hacer fue orar, y muchos otros oraron también. Mi hermana sufrió una operación y permaneció en un respirador durante meses, pero el Señor la sacó de esta situación y ella está muy bien hoy.

Hace cuatro años tuve mi propio susto de salud. El cáncer de mama acosa a mi familia; tengo cuatro primas que fueron diagnosticadas con cáncer de mama y murieron de la enfermedad en meses. Cuando encontré un bulto en mi cuerpo que parecía ser canceroso, hice una cita con un especialista. Al ver mi condición, ella quería admitirmee inmediatamente, pero me dejó ir a mi casa esa noche. Ella programó una cita para la mañana siguiente para hacer una biopsia.

En mi casa, oré y le pedí a Dios que me sanara. Apenas podía dormir, y a las dos de la mañana, sentí que algo

en mí estaba cambiando físicamente. Cuando llegué al hospital más tarde ese día, el bulto había cambiado hasta el punto de que los doctores ni siquiera podían hacer la biopsia. Me revisaron y me dijeron, “Tú no tienes cáncer”. El especialista de antes todavía quería verme para hacer una resonancia magnética; ella me había visto tan mal antes que pensaba que el cáncer probablemente ya se había extendido en mi cuerpo. La próxima vez que la vi, habían pasado tres días y ella no podía creer lo que veía: el cáncer no estaba allí. Le pregunté cuánto tiempo había estado estudiando cáncer y ella dijo, “Treintiocho años, y ¡nunca he visto esto antes!” Dios me dio una nueva oportunidad de vivir, y no he tenido ningún signo de cáncer desde entonces.

El Señor también levantó a dos de mis sobrinos cuando oramos por ellos. El primero tenía problemas respiratorios y no se esperaba que sobreviviera hasta el día siguiente. Viajé a Birmingham, Alabama, para verlo, y recuerdo haberme metido en la cama del hospital con él para orar. Dios me dio una confirmación en mi corazón de que él iba a sobrevivir, y lo hizo. Él está muy bien hoy. El año pasado, otro sobrino estaba desesperadamente enfermo y volé a Baltimore, Maryland, para estar con él. Su peso había bajado de cerca de 115 a 80 kilos y él estaba en un respirador. No podía caminar o llevar a cabo una conversación; su condición se veía terrible. Oraciones fueron hechas por él día y noche, y en el espacio de una semana, el Señor restauró su salud hasta el punto donde él podía comunicarse y caminar. Un día los doctores nos dijeron que él tendría daño permanente en el hígado, pero al día siguiente cambiaron ese diagnóstico y dijeron que no tendría daño permanente en el hígado después de todo. Continuó mejorando y hoy está trabajando de nuevo.

Tantas veces el Señor ha demostrado que Él es capaz de sanar, pero la primavera pasada tuvimos una emergencia familiar y el Señor eligió hacer algo diferente. Un día, cuando salía de la hora de oración del mediodía en la iglesia, mi hijo me llamó y me dijo que mi nieta de ocho años, McKaylan, tuvo una convulsión. Cuando llegué al hospital para verla, ella no le estaba respondiendo a nadie. Su piel estaba húmeda, y a mí me parecía que estaba cerca de la muerte. Su madre y yo estábamos junto a su cama y oramos fervientemente, pidiéndole al Señor que no se la llevara. Entonces, sin razón aparente, se despertó. Los doctores hicieron exámenes y dijeron que estaba perfectamente bien. Su mente estaba clara y su corazón estaba fuerte, y después de dos días fue dada de alta.

McKaylan regresó a la escuela y su maestra dijo que parecía tan aguda como antes de ese incidente. Sin embargo, el viernes siguiente, nueve días después de su convulsión, McKaylan le dijo a su maestra de escuela que no se sentía bien. Llamaron a una ambulancia y cuando me enteré, conduje al hospital para verla.

Durante mi viaje de quince minutos, mientras oraba, me encontré repitiendo una y otra vez: "Su gracia bástame" (véase 2 Corintios 12:9). No entendía por qué, pero cuando abrí la boca, esas eran las únicas palabras que podía decir.

En el hospital, McKaylan estaba alerta y hablando, pero también sufría de dolor de estómago. Se le podía escuchar llorando desde fuera de la habitación. Su madre ya estaba allí, y había mucha commoción entre las enfermeras luchando por tomar una muestra de sangre y McKaylan gritando del dolor. Mi hermano, Eugene Segres Jr., es el pastor de nuestra iglesia en Kingstree, y él también vino con su esposa, Gertie, para ungir y orar por McKaylan. En medio de todo, ella se detuvo por un momento y me dijo, "Abuelita, te amo". Le dije, "McKaylan, te amo más que nada en lo que pueda pensar". No me di cuenta de que me estaba despidiendo; no sabía que ella estaba a punto de morir. La vez pasada que ella estuvo en el hospital, pensé que había visto a la muerte y oré para que el Señor no se la llevara. Pero esta vez, el Señor no me permitió entender lo que estaba sucediendo, así que ni siquiera oré para que Él la sanara. Realmente no puedo explicarlo, pero la única oración que pude decir fue: "Su gracia bástame".

Unos treinta minutos después, McKaylan dio un duro suspiro, y ella nos dejó. Los doctores entraron y trataron de revivirla, pero ella se había ido. Más tarde nos dijeron que la causa de la muerte fue complicaciones del virus de la gripe que había tenido el mes anterior, lo que dio lugar a un ataque al corazón.

Perder a una nieta era algo con lo que nunca había tenido que lidiar, pero Dios me ha estado manteniendo día a día. Justo después de que ocurriera, el diablo intentó desalentar mi alma. La idea vino a mi mente, "Tú oraste por tu hermana y tus sobrinos, y sobrevivieron. ¿Pero tu propia nieta? Dios no la salvó". Pero al considerarlo más, me di cuenta de que Dios sí la salvó. Cuando oramos por ella la primera vez, Él nos dio una semana y dos días. El Señor realmente animó mi corazón cuando me mostró que Él nos dio ese tiempo extra con ella. Y la segunda vez, Él simplemente no me hizo saber que debía orar por la curación. Todo lo que podía decir era, "Su gracia bástame", y es verdad.

El Señor continuó ayudando a nuestra familia en ese tiempo tan difícil. Mi hijo no tenía seguro de vida para su hija, pero el Señor se encargó de los gastos funerarios, así que no tuvimos que preocuparnos. Ellos habían hecho los arreglos para pagar la mitad de los gastos funerarios en el día del servicio de McKaylan y luego hacer cuotas mensuales para el resto. Sin embargo, cuando recogimos todas las tarjetas que la gente había enviado, sus donaciones cubrieron todos los gastos. Dos o tres días después, alguien llamó y dijo que quería pagar por todo el funeral. Cuando le dije que ya había sido pagado a través de donaciones,



DONNA BAKER



Durante mi infancia, no me llevaron a la escuela dominical. Sin embargo, mi madre tenía un libro de cuentos bíblicos, y mi padre solía leer esas historias a mi hermano y a mí. Fuimos criados en una iglesia que nos enseñó a ir a confesión, pero no hizo ningún bien. No había nada en mí que evitara que hiciera las mismas cosas otra vez. Pero Dios vio mi necesidad y me ayudó.

Después de conocer a mi esposo, fuimos a una Iglesia de la Fe Apostólica en el estado de Minnesota, Estados Unidos. Allí escuché la historia de la salvación por primera vez. Era tan tranquilo y maravilloso en esa iglesia, y finalmente me arrodillé y le pedí a Dios que viniera a mi corazón. Él cambió mi vida y me hizo una persona diferente.

Dios ha sido tan bueno conmigo a través de los años. No merezco todo lo que Él me ha dado, pero estoy tan agradecida por Su misericordia, Su amor y Su bondad.



ella dijo que quería dar ese dinero a mis hijos de todos modos, y fueron capaces de hacer un poco de trabajo que necesitaban en su casa. Así que aunque estábamos llorando nuestra pérdida, el Señor todavía mostró Su bondad y nos bendijo. En los meses siguientes a la muerte de McKaylan, hemos visto a varios miembros de nuestra familia dar sus corazones al Señor, y eso es alentador para mi alma también.

A través de todo lo que ha sucedido en mi vida, puedo decir que Dios ha sido bueno conmigo. Le agradezco la salvación, la santificación, el bautismo del Espíritu Santo y fuego, y que tengo gozo en mi corazón. Soy una Cristiana feliz y quiero dejar que mi luz brille. Si puedo ayudar a alguien de alguna manera, entonces sé que mi vida no será en vano. Un

día quiero ver a Jesús y oírle decir, "Bien, buena sierva y fiel".



Berthena Conyers es miembro de la Iglesia de la Fe Apostólica en Kingstree, Carolina del Sur, Estados Unidos.

UNA DECLARACIÓN DE LAS DOCTRINAS BÍBLICAS ENSEÑADAS POR LA IGLESIA DE LA FE APOSTÓLICA.

Nosotros predicamos el nacimiento de Cristo, el bautismo, las enseñanzas, la crucifixión, la resurrección, la ascensión, la segunda venida, el reinado milenario, el juicio del Trono Blanco, y el nuevo cielo y la nueva tierra cuando Él habrá puesto a todos los enemigos bajo Sus pies, y los redimidos reinarán con Él para toda la eternidad.

Nosotros creemos en la inspiración divina de la Biblia, y apoyamos todas las enseñanzas contenidas en ella. A continuación se encuentra un resumen de los principios básicos de nuestra fe:



LA DIVINA TRINIDAD consiste en tres Personas: Dios el Padre, Jesucristo el Hijo, y el Espíritu Santo, perfectamente unidas como una. *Mateo 3:16,17; 1 Juan 5:7*.

EL ARREPENTIMIENTO es un duelo santo para el pecado con una renunciación de pecado. *Isaías 55:7; Mateo 4:17*.

LA JUSTIFICACIÓN o LA SALVACIÓN es el acto de la gracia de Dios por medio del cual nosotros recibimos perdón por los pecados y nos postramos ante Dios como si nunca hubiéramos pecado. *Romanos 5:1; 2 Corintios 5:17*.

LA SANTIFICACIÓN o LA SANTIDAD, el acto de la gracia de Dios por medio del cual nosotros somos hechos santos, es la segunda obra definitiva y es subsiguiente a la justificación. *Juan 17:15-21; Hebreos 13:12*.

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO es el investidura de poder desde lo alto sobre la vida santificada limpia, y es evidenciado por hablar en lenguas como el Espíritu da expresión. *Juan 14:16,17,26; Hechos 1:5-8; 2:1-4*.

LA CURACIÓN DIVINA de enfermedades se provee mediante la expiación. *Santiago 5:14-16; 1 Pedro 2:24*.

LA SEGUNDA VENIDA DE JESÚS será tan literal y visible como Su partida. *Hechos 1:9-11*. Habrá dos apariciones en una venida: la primera, para tomar a Su Novia que espera. *Mateo 24:40-44; 1 Tesalonicenses 4:15-17*; la segunda, para enjuiciar a los impíos. *2 Tesalonicenses 1:7-10; Judas 14,15*.

LA TRIBULACIÓN ocurrirá entre la venida de Cristo por Su Novia y Su regreso en el juicio. *Isaías 26:20,21; Apocalipsis 9 y 16*.

EL REINADO MILENARIO DE CRISTO son literalmente los 1.000 años del reino de paz de Jesús sobre la tierra. *Isaías 11 y 35*.

EL GRAN JUICIO BLANCO es el juicio final cuando todos los muertos malvados se postrarán ante Dios. *Apocalipsis 20:11-15*.

EL NUEVO CIELO Y LA NUEVA TIERRA reemplazarán a la tierra y al cielo actual, que serán destruidos después del Gran Juicio del Trono Blanco. *2 Pedro 3:12,13; Apocalipsis 21:1-3*.

EL CIELO ETERNO Y EL INFIERNO ETERNO son los lugares literales de destino final, cada uno tan eterno como el otro. *Mateo 25:41-46, Lucas 16:22-28*.

EL MATRIMONIO es un pacto entre un hombre y una mujer que se compromete ante Dios para toda la vida. Ningún cónyuge tiene el derecho de casarse nuevamente mientras su primer compañero viva. *Marcos 10:6-12; Romanos 7:1-3*.

LA RESTITUCIÓN es subsiguiente a la salvación, en donde los agravios contra otras personas serán corregidos a fin de tener una conciencia clara ante Dios y el hombre. *Ezequiel 33:15; Mateo 5:23,24*.

EL BAUTISMO DE AGUA es por una inmersión “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, como Jesús mandó. *Mateo 3:16; 28:19*.

LA CENA DEL SEÑOR es una institución ordenada por Jesús para que nosotros podamos recordar Su muerte hasta Su regreso. *Mateo 26:26-29; 1 Corintios 11:23,26*.

EL LAVADO DE PIES DE LOS DISCÍPULOS se practica según el ejemplo y el mandamiento que Jesús dio. *Juan 13:14,15*.

Quien quiere la salvación o consejo espiritual puede escribir a la info@apostolicfaith.org.

